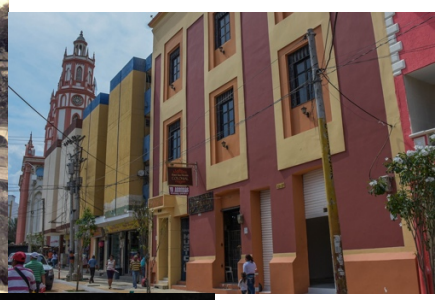
Barranquilla: una ciudad en la imaginación y el recuerdo de Gabriel García Márquez

Carlos Alberto Patiño Villa

Como declaró Gabriel García Márquez en una entrevista, “no hay ni una sola línea en ninguno de mis libros que no tenga su origen en un hecho real”. A ello habría que añadir que también sus historias se desarrollaron en lugares reales. Aunque vivió en Barranquilla de niño, García Márquez sólo retornó a la ciudad en 1948, ya adulto y periodista en ciernes, casi por accidente, huyendo de los disturbios del *Bogotazo*, que inaugurarían medio siglo de violencia en Colombia. Barranquilla constituía en ese momento un insólito polo de modernidad económica y cultural en la costa del Caribe colombiano. En ella cuajó lo que se dio en llamar el *Grupo de Barranquilla*, una nutrida e influyente tertulia intelectual que deambulaba por cafés y tabernas en veladas interminables donde se bebía y bromeaba tanto como se discutía de literatura, cine o pintura. El recuerdo de aquellos años y de aquellos antros nos ofrece una original visión de la ciudad y un trasunto urbano de lo que serán algunos de los tópicos literarios más conocidos de la obra de García Márquez. A diferencia de su Aracataca natal, arquetipo reconocible de Macondo, o de su período bogotano, narrado en *El olor de la Guayaba*, Barranquilla es un lugar mucho menos conocido de su biografía que, sin embargo, jugó un papel importante en su proceso de formación como escritor. Por aquél entonces la ciudad atravesaba por un rápido proceso de urbanización impulsado por el potente crecimiento industrial en torno a su puerto. Esa prosperidad sirvió de fondo a una efervescencia cultural de la que Gabo participó siendo un joven y paupérrimo periodista. Su llegada a Barranquilla estuvo marcada por la promesa de su amigo Alfonso Fuenmayor de conseguirle a toda costa un trabajo de reportero en el periódico liberal *El Heraldo*.

Por aquél entonces la ciudad contaba con unos cien mil habitantes. Su ambiente de apertura y modernidad urbana, junto a la esperanza de integrarse en un periódico costeño con influencia en todo el Caribe continental y el deseo personal de sumarse a una red de conversación permanente e incansable sobre literatura, hicieron que Barranquilla le ofreciese experiencias que la lejana, fría y oscura Bogotá no podía ni remotamente poner a su disposición. Al poco de llegar, Gabo vivió una larga e inolvidable noche de iniciación tras la cual la ciudad “ya no fue la misma de nunca, ni la de mis padres en sus primeros años, ni la de las pobrezas con mi madre, ni la del colegio San José, sino mi primera Barranquilla de adulto en el paraíso de sus burdeles”. Aquella Barranquilla era, según él, como Córdoba en la Edad Media, una ciudad abierta “llena de personas inteligentes a las que les importaba un carajo ser inteligentes”. Según le confesaría a Jaime Abello, director de la Fundación Gabo, muchos años más tarde: “Barranquilla es Macondo cuando se volvió ciudad”.